

«Una humedad de ausencia, / una nostalgia»: Eduardo Santa y la poética líquida de la memoria

SARA SANTA-AGUILAR

Università degli Studi di Milano

Marie Skłodowska Curie Fellow

sara.santaaguilar@unimi.it

Poco se conoce y poco se ha estudiado la poesía de Eduardo Santa (1927-2020). Su intensa actividad como académico e investigador y su abundante producción narrativa primaron en el panorama de las letras colombianas convirtiendo su faceta lírica en una casa en la penumbra «hermosamente triste / y solitaria».

Su trayectoria de más de setenta años de actividad, publicaciones en grandes editoriales, revistas académicas, reediciones y traducciones solo nos deja dos poemarios publicados. Su primer libro, *Sonoro zarzal* (1947), es uno de ellos. Sin embargo, esta obra no solo no fue reeditada, sino que su única tirada sucumbió a las llamas sentenciada por su implacable autor, y hoy en día son muy pocos los ejemplares que se conservan para dar testimonio de una poesía que, «lánguida, ululante y penumbrosa como el alma del crepúsculo, deviene sobre la propia percepción del litoral de la tristeza»¹, tal como la describió Eliseo Pérez Cadalso en el prólogo que acompañó a esta *opera prima* bajo el sello editorial Espiral, dirigido por el intelectual español exiliado, impulsor de la literatura colombiana, Clemente Airó.

Casi cincuenta años, una vida de testigo, de contradictor, de cronista de los eventos más trascendentales y dolorosos del siglo XX en Colombia y una notoria carrera académica median entre la decisión de sacar a la luz su poemario juvenil y la edición de la que sería su segunda y última antología poética, publicada por cuenta propia: *El paso de las nubes* (1995). Sin embargo, son más los puentes que las distancias que hay entre ambas obras, pero, sobre todo, entre su producción poética y su narrativa. No estamos ante cincuenta años de silencio poético ni ante dos raros islotes líricos en la obra del narrador, sino ante un persistente desarrollo, a través de las décadas, de una poética de la memoria.

«Sombras, sombras, pasos lentos / de soledad que me acechan, / ¡Ingrávidas cosas idas, / cadáveres de voces muertas!»² gime la voz precozmente atormentada de *Sonoro zarzal*

¹ Pérez Cadalso, Eliseo, «Noticia», en Santa, Eduardo, *Sonoro zarzal*, Bogotá, Espiral, 1947, p. 8.

² Santa, Eduardo, *Sonoro zarzal*, Bogotá, Espiral, 1947, p. 14.

y allí da inicio a esa preocupación por la pérdida, el olvido y la naturaleza del recuerdo. Particularmente proféticos resultarán estos versos en la vida y en la carrera literaria de un autor que vivirá en carne propia la Violencia de los años 50 en Colombia, y que, en gran parte de su narrativa, asumirá la función de dar palabra a través de la ficción a esos «cadáveres de voces muertas», acechado por su doloroso recuerdo hasta el final de sus días.

La memoria, la pregunta por los que no están, es un eje que vertebra la obra de Eduardo Santa. Naturalmente, en su vena de narrador de la Violencia, la memoria adquiere los tintes de un compromiso político y moral, de un grito de denuncia que se proyecta al futuro como testimonio contra el olvido de los horrores de una época. Pero la memoria en la obra de Eduardo Santa es algo más complejo que la antítesis del olvido, y estas complejidades se exploran a lo largo de su obra siempre a través de la imagen poética.

Ausencia, olvido, memoria y metáforas marinas se conjugan incesantemente en la producción de este autor del interior de Colombia, hijo de los imperturbables paisajes montañosos del Tolima, para hablar de las realidades móviles e inestables y de las paradojas de los límites difusos. La memoria, en la hermenéutica poética de Santa, se nutre del olvido. Nace de la ausencia y se construye a partir del progresivo emborronamiento de los contornos de las realidades desaparecidas y de la selección, consciente o inconsciente, de fragmentos, filtrada siempre por un presente que se superpone para crear los paisajes imposibles de una paleta impresionista. Nos dice en su última novela, *La pipa del capitán* (2017):

El recuerdo mismo es como un naufragio que está en lo hondo del ser como un extraño bagaje de cosas muertas, de cosas perdidas, de cosas que tuvieron valor real y que hoy apenas son imágenes. Es un resumidero de desperdicios, y todos los rostros olvidados van a él aguas abajo, a lo hondo, a lo ignoto, a lo desconocido. Alguna vez el licor, la locura o el estupefaciente remueven esas aguas oceánicas, estos detritus estancados, esos desperdicios, y el cadáver de una realidad emerge lentamente y flota sin un nombre preciso, deformado y descompuesto, siendo a veces difícil lograr su identidad y su ubicación en el tiempo y en el espacio³.

Si el recuerdo es un naufragio, contiene al olvido. Es tanto lo que se hunde y desaparece como lo que sale a flote. Es la grieta entre presencia y ausencia, una grieta móvil, pues lo desaparecido, lo olvidado, siempre puede volver a emerger deformado por el tiempo. Un naufragio es también, metafóricamente, el protagonista de «La noche también es roja» (*Los espejos del tiempo*, 1978), un desplazado por la violencia con amnesia postraumática, quien, en su percepción enajenada de la capital frenética y hostil, va intercalando retazos de su pasado inmediato que lo condujo hasta allí:

Era muy poco lo que podía recordar en medio de ese vendaval que soplaba por su vida. Hacía cuatro días recorría esas calles grises, aturdido, entre esos desarticulados racimos de hombres que se movían como gusanos bajo los altos rascacielos. Cuatro días y cuatro noches. Sin rumbo. Sin amor. Sin dolor. Sin odio. Sin fe. Sin esperanzas. Como un naufragio abandonado a la furia de fuerzas superiores. Eso era. Un naufragio entre aquellas oleadas de hombres que viven para la urgencia de los días. [...] Nunca antes había estado en una ciudad. En realidad, ahora tampoco estaba en ella. Estaba en su propio

³ Santa, Eduardo, *La pipa del capitán*, Biblioteca Libanense de Cultura, Bogotá, AFRO editores, 2017, p. 29.

naufragio. ¿Cuál era su nombre? Tampoco lo sabía. De su vida no sabía nada en concreto. Digamos, pues, que no podía contarla. Su vida flotaba a trozos, como una película reventada en el magín de su inteligencia⁴.

El recordar no solo altera el pasado, altera el paisaje del presente con los despojos de lo que fue. El personaje de este cuento no está en la ciudad: está en su naufragio que mezcla las impresiones disgregadas de la ciudad con unos recuerdos que se articulan como metonimias de las situaciones vividas los días anteriores en una dialéctica feroz que, alienándolo del presente, lo conducirá a la muerte.

También en su novela *Cuarto menguante* (1988), donde los integrantes de una familia colombiana de principios del siglo XX entretejen sus monólogos interiores, vuelven las imágenes acuáticas apuntando al recuerdo. En este caso, el término metafórico para la memoria no es el mar sino el río. La elección no carece de fundamento, pues asumiendo el mismo significado de la imagen marina, el de movimiento que junta y revuelve fragmentos dispares de realidades destruidas, opera también como metáfora del fluir de conciencia que vertebra la novela:

El reloj de péndulo continuaba desgranando las horas nocturnas mientras la memoria de Adela corría como un río revuelto y turbulento arrastrando recuerdos como desechos de un vendaval, como detritus que deja una borrasca empujando su viento de soledad sobre las lomas, quebrando los tallos de los arbustos, estrujando los follajes colmados de nidos y de frutas que luego caen sobre los remolinos que va formando el agua que termina de despeñarse por las torrenteras de la montaña⁵.

Sobresale en estos tres ejemplos, además de la coherencia de los sistemas metafóricos acuáticos a lo largo de décadas de creación literaria y de la consistente noción de memoria que emerge de ellos, el ritmo poético. Construcciones anafóricas, paralelismos y polisíndeton forman la cadencia de una prosa que no solo es poética por la abundancia de tropos, sino por la estructura de la frase concebida y medida como un verso. Y es que Eduardo Santa empieza su relación con la palabra poética antes de *Sonoro zarzal* con esquemas métricos, tal como lo advierte Pérez Cadalso en su prólogo a la *opera prima* aludiendo a esa producción anterior hoy perdida⁶. Solo un ejemplo queda para ilustrar este comienzo poético. En 2017, la revista de su pueblo natal, *Expedición*, sacó a la luz, en primicia, el que podría ser su primer poema conservado, compuesto entre los nueve y los once años de edad, alrededor de 1936-1938:

Tus ojos, cual dos límpidos topacios,
la fuente son donde el amor culmina,
mas enclavados en tu tez divina
le roban esplendor a los espacios⁷.

⁴ Santa, Eduardo, «La noche también es roja», en *Los espejos del tiempo*, Bogotá, Ediciones Príncipe, 1978. p. 93.

⁵ Santa, Eduardo, *Cuarto menguante*, Bogotá, Plaza y Janés, 1988, p. 40.

⁶ Pérez Cadalso, Eliseo, *op. cit.*, p. 7.

⁷ Citado en Gutiérrez, José, «Eduardo Santa y su esposa en el templo de Artemisa», *Expedición*, 2 (2017), p. 15.

Sorprende la perfecta factura del endecasílabo en rima abrazada, el clásico cuarteto de soneto aurisecular, en este despertar poético del niño fascinado con el puzle de las palabras y las sílabas. Si bien en *Sonoro zarzal* se decanta por el verso libre y en *El paso de las nubes* continúa por este camino, el inicio con los esquemas métricos deja una huella característica e indeleble en el ritmo de su prosa y en su poesía posterior. Abundan en ambos poemarios publicados las reminiscencias del pie quebrado, los octosílabos y los alejandrinos.

Su verso es la misma frase cuidadosamente ponderada de su prosa, o viceversa, y en él Santa orbita con mayor insistencia alrededor de la memoria y los mares profundos. *El paso de las nubes* se estructura en cuatro secciones: «Los poemas del amor», «Los poemas del recuerdo», «Los poemas de la naturaleza» y «Los poemas de la muerte». Mucho hay en común entre los poemas del amor y los de la naturaleza. Podría decirse que forman un quiasmo, en cuanto en los primeros el término metafórico para aludir a la mujer como término de realidad es la naturaleza, mientras que en los segundos el término metafórico para aludir a la naturaleza como término de realidad es la mujer. Amor y recuerdo también se entrecruzan en la evocación de las pasiones lejanas, lo mismo que naturaleza y muerte, entendida esta última como una disolución en la primera. Pero los nexos más interesantes y complejos están entre los poemas del recuerdo y los poemas de la muerte.

En este poemario la muerte no es ausencia sino olvido. Todos los poemas que componen la sección de la muerte –exceptuando la elegía a Martín Pomala, poeta colombiano asesinado en 1951– son figuraciones de la propia muerte, a veces en primera persona, a veces haciendo uso del plural mayestático. En ellos Santa retoma el tópico manriqueño de los ríos que van a dar en el mar, pero en su *amplificatio* el río no es la vida, es el tiempo, mientras que el mar del morir es el olvido. Esta alteración, con la consistencia característica de sus sistemas metafóricos, se reitera en toda la sección. «El tiempo que es apenas / el camino más corto / de llegar al olvido»⁸, concluye «Dimensión del Hombre» en perfecta sintonía con el poema que abre esta parte de su antología, «Los jinetes sonámbulos»:

Solo en ese momento sabremos que la noche
nos ha borrado el rostro.
Solo en ese momento sabremos que el espacio y el tiempo
son los ríos oscuros de nuestra propia vida
deslizándose sus aguas
al país de la sombra, donde crece el olvido⁹.

La muerte, entendida como olvido, no se limita al fin biológico, a las ansias de disolución en el elemento natural que manifiestan varios de sus poemas. Incluye también la muerte lenta del hastío y el presentimiento, a través de los años, de que las ilusiones que se proyectan en el futuro son tan solo un espejismo que nunca romperá la monotonía de «Los días iguales». Espejismos, hastío, muerte y olvido se conjugan en la poesía de Santa para darle una dimensión activa y pasiva a la identificación entre muerte y olvido. Así, morir termina siendo tanto olvidar, sucumbir en la monotonía del tiempo percibido como presente estático y continuo, como ser olvidado, que en el caso del poeta no es otra cosa que la angustia ante la posibilidad de que su palabra no trascienda. Dice en «El olvidado»:

⁸ Santa, Eduardo, *El paso de las nubes*, Bogotá, Ediciones Príncipe, 1995, p. 153.

⁹ *Ibid.*, p. 130.

Yo soy el olvidado a través de los tiempos
y vivo entre la niebla de días imprecisos.
El mensaje de mi botella naufragó para siempre
en océanos turbios de espumas inasibles¹⁰.

Pero si la muerte no es ausencia, el recuerdo sí lo es. De este modo, es en la sección de los poemas del recuerdo, y no en la de la muerte, donde abundan las elegías. En el olvido se cifra la propia muerte, en el recuerdo la de los otros. La memoria huele a humedad en los versos de Santa. A humedad salina de mares reiterados, pero también a la humedad vegetal de las casas cerradas en los climas cafeteros. Por momentos, es un paisaje interior aparentemente estático al que accede la voz poética atravesando los vapores del tiempo. Así, en «La casa en la penumbra» nos dice:

A veces me asomo
a la casa
hermosamente triste
de mi infancia.

Es como si viajara
horas interminables
por entre el túnel
húmedo,
fragante,
hecho apenas
con todas las hojas
de los árboles muertos
a la hora del alba¹¹.

El recuerdo parece entonces la patria ilusoria de un pasado preservado en la memoria. En este mismo sentido cierra también «Bosque de pinos»:

¿Recuerdas aquel bosque, de sombras y misterio?
¿Recuerdas que sus hojas caían como lluvia
de finos alfileres para hacer un sendero,
de tapices rojizos cual crepúsculos muertos?
¿Recuerdas ese bosque de pinos que fulgían
sus ramas verdeclaras bajo el azul de enero?
No debes olvidarlo porque llevo en el alma
un bosque igual a ese para que lo transites
pensando en lo que fuimos un día en el recuerdo¹².

Sin embargo, esa humedad constante que se respira en sus poemas del recuerdo resulta un elemento inquietante, movimiento de materia orgánica que señala el corrosivo paso del tiempo sobre el que se erige la memoria y la muerte implícita en sus paisajes. Volviendo a sus metáforas marinas, esos parajes del recuerdo no son otra cosa que «un barco fantasma

¹⁰ *Ibid.*, p. 159.

¹¹ *Ibid.*, p. 67.

¹² *Ibid.*, p. 84.

/ que a veces sale a flote / en el mar del olvido»¹³. Son vacío, ausencia, espejismo que se nutre de lo que no está, que depende del naufragio, en definitiva, reconstrucción mental del barco hundido sobre el tornasol del presente.

Recuerdo, olvido y muerte se entrelazan en la lírica de Eduardo Santa. La misma historia editorial de su poesía parece entrar en esta dialéctica. Dos poemarios editados, uno de ellos incinerado, y otros dos inéditos que yacen en el fondo de sus archivos personales son el frágil legado de una palabra poética que clama con sus méritos literarios por el recuerdo y recuperación póstuma.

Eduardo Santa era mi padre, un padre que ya no está y que reconstruyo siempre en el paisaje interior de mi memoria. Un padre siempre presente en cada uno de mis pasos en la carrera de los estudios literarios. Su sección de «Poemas del recuerdo» contiene una elegía a su padre que he decidido escoger, recordándolo, para ilustrar con su reproducción completa y traducción al italiano a cargo de la profesora Maria Rosso (Universidad de Milán) la poética marina de la memoria de la que me he ocupado en estas páginas.

Elegía a la memoria de mi padre

Padre mío: sombra que pasas
por los recuerdos de mi infancia.
Ave noctámbula
capaz de incinerar sus alas
en vuelos misteriosos;
capaz de unir abismos
y subir a las nubes
y convocar la tempestad
con tus palabras.

Padre mío: sigues viviendo como un náufrago
sorprendido en mis sueños
cada vez que despierto recordando tu nombre
que flota todavía
entre las escolleras del olvido.
A veces veo tu figura enigmática
entre una niebla densa
donde una luz extraña
se enciende como un faro.
A veces veo tus manos
tras la ventana de un recuerdo
que se niega a morir:
tus fuertes manos
tocando la guitarra.

Llegabas por la noche
con tu pesado abrigo de sombras y recuerdos.

¹³ *Ibid.*, p. 79.

El peso de tu cuerpo de bronce
balanceaba oscuros corredores,
detenía relojes,
cristalizaba el aire
y el viento se llenaba de incógnitos presagios.

Al traspasar el patio
hasta llegar al muro derruido en tu ausencia
donde llegabas siempre a deshacer tus pasos
se sentía en la casa,
en los oscuros cuartos,
algo así como el trote de tu caballo negro,
como cuando viajabas a otros mundos
por caminos de sombras
y luego sobre el viento
venía la tempestad y se escuchaba
tu música lejana.

Tu canto era como la tempestad
sacudiendo las ramas del granado,
limpiando el horizonte en la mañana,
golpeando los tejados.
Tu canto, como la tempestad,
fuerte, seguro,
iba cayendo entre la noche
dejando en cada flor, como el rocío,
una humedad de ausencia,
una nostalgia.

Padre mío: te veo como una roca fuerte y dura
en mitad del océano. Ave noctámbula,
solitaria,
sombra que pasa
por los recuerdos de mi infancia.
Puedo escuchar tu voz inconfundible
en el oscuro corredor del tiempo. Tu voz metálica.
Y puedo ver tus manos rasgando los silencios,
convocando crepúsculos y estrellas
y tus pasos pausados en la niebla
acortando las distancias.

Puedo decirte ahora que estás lejos
que he venido corriendo sin descanso
detrás de tu caballo negro
como cuando cabalgabas en silencio
por los países de la ausencia.
Y que tu voz me sigue persiguiendo,
me persigue tenaz y a todas horas,

y que por entre aquella luz de la ventana
sigo viendo tus manos poderosas
detenidas por siempre en tu guitarra.

Padre mío: sombra que pasas
por los recuerdos de mi infancia.

Elegia in memoria di mio padre¹⁴

(trad. di Maria Rosso)

Padre mio, ombra che passi
nei miei ricordi dell'infanzia.
Uccello nottambulo
capace di incenerire le sue ali
in voli misteriosi;
capace di unire abissi
e alzarsi sulle nubi
e convocare la tempesta
con le tue parole.

Padre mio, ancora vivi come un naufrago
sorpreso nei miei sogni
quando mi sveglio ricordando il tuo nome
che resta a galleggiare
in mezzo alle scogliere dell'oblio.
Ti vedo a volte figura enigmatica
in una nebbia densa
dove una luce strana
si accende come un faro.
A volte vedo le tue mani
nella finestra di un ricordo
che non vuole morire:
le tue forti mani
suonando la chitarra.

Giungevi nella notte
con un pesante manto di ombre e ricordi.
Il peso del tuo corpo di bronzo
cullava oscuri corridoi,
fermava orologi,
cristallizzava l'aria
e il vento si colmava di incogniti presagi.

¹⁴ Testo originale spagnolo in Santa, Eduardo, *El Paso de las nubes*, Bogotá, Príncipe, 1995, pp. 80-82.

Quando varcavi il patio
fino a arrivare al muro crollato nell'assenza
dove giungevi sempre a sciogliere i tuoi passi
si udiva nella casa,
nelle oscure stanze,
il vago suono del trotto del tuo cavallo nero,
come quando viaggiavi in altri mondi
su sentieri di ombre
e poi insieme al vento
giungeva la tempesta e si sentiva
la tua musica lontana.

Il tuo canto era come la tempesta
che scuoteva i rami del melograno,
puliva l'orizzonte del mattino,
picchiava sopra i tetti.
Il tuo canto, come la tempesta,
forte, sicuro,
mentre cadeva nella notte,
lasciava su ogni fiore, come rugiada,
un'umidità di assenza,
una nostalgia.

Padre mio, ti vedo come una roccia forte e dura
nel mezzo dell'oceano. Uccello nottambulo,
solitario,
ombra che passa
nei miei ricordi dell'infanzia.
Posso sentire la tua voce inconfondibile
nell'oscuro corridoio del tempo. La tua voce metallica.
E vedo le tue mani che stracciano i silenzi,
convocando crepuscoli e stelle
e i tuoi passi scanditi nella nebbia
accorciando le distanze.

Ora che sei lontano posso dirti
che son giunto correndo senza sosta
dietro al tuo cavallo nero
come quando cavalcavi in silenzio
nei paesi dell'assenza.
E che mi insegue sempre la tua voce,
ostinata mi insegue ad ogni ora;
e che là fra la luce della finestra
ancora vedo le tue mani poderose
per sempre ferme sulla tua chitarra.

Padre mio, ombra che passi
nei ricordi della mia infanzia.

